



Toda la correspondencia se dirigirá expresamente al Director de la REVISTA DEL TURIA D. Jerónimo Lafuente, Teruel.
No se devuelven los originales.

La REVISTA se ocupará de todos los libros y demás publicaciones científicas y literarias que se remitan a la Dirección.

Los autores serán responsables de sus escritos. Véanse los precios de suscripción en la cubierta.

SUMARIO.

- Crónica*, por Un Teruelano.
Amor y música, por D. Carlos Cano.
Algo de la Tierra-baja, [por D. Salvador Pardo.
La Sima de S. Pedro, por D. J. Comas Galibern.
Chúpate esa, por D. Gerardo Gutierrez.
El Monasterio de piedra, por D. Baldomero Mediano y Ruiz.
Calor en conserva, por D. José M. Serrate.
Miscelánea.

CRÓNICA

Todo llega en este pícaro mundo. Todo se transforma y todo, por fin, concluye: hoy muere este, mañana el otro; ahora se hunde esta casa, luego cae la de más allá, ó la derriban, ó la rejuvenecen, ó le

arriman un puntal; y así va este escenario cambiando de decoración. ¡Hasta á las casas del Ovalo les ha llegado su día!

Claro está, y así tiene que suceder, que los pueblos bien administrados sufren tales transformaciones en cuatro días, como quien dice, mientras que los que, como Teruel, son pobres y manirosos por añadidura, andan á paso de buey en esto de mejoras materiales. Así y todo, de vez en cuando, intenta algunos pinitos en el camino de las reformas, casi siempre, por supuesto, cuando le dá el trillo en los talones, como aquel ciudadano que no se lavaba la cara si no se lo recetaba el médico. Suele brotar, rara vez, una autoridad activa y emprendedora que quiere dirigir á las gentes por el buen camino, y se encuentra con vecinos

que no les dá la gana de conocer su propio interés, su propia conservación, y se empeñan en hacer los *remolones* hasta que, por fin, se salen con la suya. Y eso que, no vayan ustedes á creer que las reformas que aquí se intentan son cosa del otro mundo; lo que suele emprenderse alguna vez es lo más primitivo, lo más elemental, y aun esto no puede llevarse á cabo. A los quince días se olvida el mandato, se cansa la autoridad al ver que nadie la secunda y volvemos á las andadas, al mismo abandono.

En aquellos tiempos, en que diariamente, al anochecer, rezábanse en la plaza del Mercado tres rosarios en alta voz, uno en la Lonja, que llevaba el tío Andador, otro, á la izquierda de la fuente, el tío Morico; y otro, á la derecha, que rezaba con solemne entonación el tío Almicas, sin contar otros muchos que á la misma hora, ya rezados, ya cantados, tenían lugar en otras tantas calles y plazuelas bajo el retablo de un santo mal alumbrado; en aquellos tiempos, hace cincuenta años, podía siquiera cualquier teruelano comer impunemente lo que en la plaza se vendía. Uno de los regidores perpétuos examinaba el género que traía el arriero, y concedía ó no el permiso para venderlo, y además le ponía precio. Sobre el *burro* del Ayuntamiento, banco de resistencia probada, se colocaba el bote del aceite, y, con medidas del Ayuntamiento también, se expendía al vecindario; y otro tanto sucedía con los demás artículos de consumo. Nadie era engañado. Y luego aquella baratura, señores: el que tenía tres ochavos compraba un par de huevos frescos, el que era dueño de catorce cuartos se regalaba con una perdiz, ó por trece *cuadernas* con una carnicera bien pesada de carnero de la tierra, ó por quince cuartos con otra de los muchos venados que se mataban en la sierra de Albarracín.

Hoy comemos alumbre y greda en las diferentes sopas que compramos en la tienda; frutas verdes; chocolate fabricado con pan seco, harinas malas, cacahuets y almazarrón; aceite de todo, menos de olivas; bacalao de *perro*; carne que parece *azotada*; pan mal amasado y peor cocido, etc., etc. De manera que muchos, muchos industriales de los que en Teruel se usan, están aun educados para vivir en los tiempos de los regidores perpétuos. Y tan es así, que estoy seguro de que si diariamente se inspeccionaran los artículos de consumo en todas las vendurías de la ciudad, antes de tres meses dejarían de ser *industriales* la mitad ó mas de los que lo son.

Hágalo así el Ayuntamiento y se lo agradecerán los consumidores y los comerciantes de buena fé; si nó, establezca el *burro*, que aun estará arrimado en algun desvan de la casa concejil.

Ay, ay, ay, santos cielos
ay, que escaleras!...
bajando rodó un chico
media docena,
y una señora
torcióse un pie al subirlas
y aun está coja.
Y en aquel mismo sitio,
sobre las once,
se ha dejado una moza
los dos tacones
y se le han visto
ataditas las medias
con un orillo.

Al que esto me advertía
le dije: acaba,
¿qué escaleras son esas
tan endiabladas?
—míralas, éstas.
Y estábamos bajando
de la Glorieta.

Que vaya el señor Ausina
y vea lo que hace falta,

y si no hay fondos, que habrá,
que venga á cobrar á casa.
¿No es lástima romperse los tobillos
ó quebrarse algun hueso,
por no gastar un carro ó dos de yeso
y uno ó dos centenares de ladrillos?

Acompañado de un atento B. L. M. ha tenido la amabilidad de remitirnos el Sr. Presidente del Ateneo de Zaragoza, el notable jurisconsulto y antiguo Gobernador de esta provincia, D. Marceliano Isabal, un ejemplar del Programa del certámen que ha de celebrarse en el próximo Octubre en Zaragoza, con motivo de las fiestas del Pilar.

Ofrecen premios el Ayuntamiento, Centro Meacantil, Industrial y Agrícola, Colegio de Abogados, Sociedad Económica de Amigos del País, Presidente del Ateneo, Universidad, Cardenal Benavides, Diputación provincial, Presidente de la Audiencia etcétera etc.

Los trabajos versarán principalmente sobre el mejoramiento de las condiciones sanitarias de Zaragoza, y fomento de las industrias de la misma, legislación regnícola, historia aragonesa y otros asuntos de importancia. El plazo para su admision terminará el 3o de Setiembre próximo.

La higiene del mes de Agosto, por el sabio Dr. Tolosa Latour:

«En agosto, *frio en rostro*, dice el pueblo, con lo cual quiere significar que empiezan ya á sentirse las frescas bocanadas del otoño. De esta frase se deduce un precepto higiénico de interés, á saber: que se resguarde el cuerpo de los rápidos cambios de temperatura que se experimentan á la caída de la tarde, despues de los calurosos días del mes de Agosto.

Durante el centro del día, los rayos del sol son abrasadores, y para precaverse de sus efec-

tos conviene recordar cuanto dijimos en otros meses.

Respecto á las noches, áun cuando conviden á pasear por donde haya arbolado, es muy prudente no permanecer muchas horas en estos sitios, llevando á prevención abrigos ligeros de los llamados de *entretiempo*. Estas indicaciones son de gran importancia para los niños. Estos, y las personas débiles, no deben beber grandes cantidades de agua; para ello convendrá que se eviten los sudores profusos que tanto les extenuan, así como hacer uso de bebidas ligeramente acídulas, *no heladas*.

La higiene proscribe en las actuales circunstancias las horchatas, sorbetes de frutas, gazpachos, etc., que generalmente producen algunos trastornos tomados con exceso, y en estos casos pueden además ser motivo de alarmas más ó ménos infundadas.

Las frutas sazonadas son buen postre; el café frio es bebida que bien puede considerarse como higiénica.

La permanencia de muchas familias en el campo es causa de que no pocas veces se duerman siestas bajo los emparrados, ó se dejen abiertas las ventanas durante la noche. Es preciso evitar esto, que motiva perturbaciones de todo género, catarros pulmonares ó intestinales, explosion de dolores musculares reumatoideos y otras molestias de mayor ó menor cuantía.

Las flores no deben pernoctar en las cercanías de las alcobas, así como los tiestos que en muchas casas adornan las jardineras y floreros de barro.

Los baños son muy convenientes, y respecto de ellos diremos, que ántes de entrar en el agua ha de secarse bien toda la superficie del cuerpo con una toalla de las llamadas turcas, ó paño, que empape el sudor.

A los individuos débiles les conviene baño corto y frio, y al entrar ó salir de la bañadera no pondrán los piés sobre el mármol ó estuco, sino sobre un corcho ó alfombra. Los baños de placer deben usarse como medida de limpieza, contribuyendo esta práctica á mantener expedita una de las funciones más importantes del cuerpo, la transpiracion cutánea, así como evitan no pocas enfermedades de la piel.

Los baños de mar son, sin duda, muy convenientes, principalmente por el aire puro que á sus orillas se respira; pero todo individuo que padezca enfermedades del aparato respiratorio ó circulatorio, siquiera sean leves, los niños á quienes aquejan afecciones escrofulosas graves, como son las supuraciones de las glándulas del cuello ó los tumores de los llamados por el vulgo *frios*, no deben encaminarse á las playas, sobre todo las del Norte,

sin llevar indicaciones bien precisas del médico de la familia.

Para concluir, no podemos por ménos de recomendar mucha circunspección á todos, en lo que se refiere á hacer uso de esas preparaciones farmacéuticas más ó ménos secretas, que por desgracia contribuyen al descrédito de la ciencia, que se anuncian diariamente en los periódicos de más circulación donde con términos *pseudo-técnicos* y mezclando lastimosamente el mercantilismo con la fraseología al uso, se habla de *depuraciones de la sangre*, *humores que se remueven*, etc. etc. Todas, sin exceptuar una, contienen sustancias y medicamentos nada inocentes, que ocasionan en muchas ocasiones trastornos irremediables. Hora es ya que el *vulgo en materias científicas*, á quien se explota indignamente, reaccione contra el charlatanismo, y demuestre con actos viriles que ya no hay que hablarle *en necio para darle gusto*, sino que, por el contrario, ante tales palabras, hace *oidos sordos*...

Se publica en Barcelona la *Revista de los niños* en la casa editorial de los señores Bastinos, y la dirige Frontáura, el de *El Cascabel* antiguo, que es en esto de escribir como en matar Lagartijo.

Todos los números son en verdad á cual más lindo pero el *ocho* de este año, último que he recibido, correspondiente al primero de este mes en que vivimos trae lo ménos diez grabados de padre y muy señor mío.

Una niña como un sol, en una hamaca por nido, se mece y es más que niña anjel que del cielo vino.

La Catedral de Toledo, maravilla de los siglos, y San Lorenzo famoso ó el Escorial, que es lo mismo, se ven tales como son en la revista «Los Niños.»

El retrato de Velazquez, el sevillano prodijio,

y el del célebre Cortés el valeroso caudillo que á Méjico conquistó el décimo sexto siglo, aparte de otros grabados que fuera el citar prolijo dan á esta linda Revista un renombre merecido.

Suscríbanse, pues, los padres para que lean sus hijos, que han de aprender en sus páginas mucho bueno, yo lo fio.

Dice el periódico «El Día» con mucha oportunidad:
(Ello no es verso, es verdad, pero es verdad, á fé mia.)

«Se habla de una nueva reunión de la izquierda; el telégrafo y el correo nos traen á porfía seguridades acerca de la actitud del señor Alonso Martínez; el Sr. Sagasta va á emprender un viaje á Cataluña y Andalucía para orillar las diferencias de los fusionistas de Barcelona y de Cádiz; las conjuras del clavel y de la gardenia muestra otra vez sus perfiles de Fronda en las riberas del mar; *El Estándarte* continúa desde los jardines de la Granja estudiando ministros: no se podrá, por lo tanto, decir que no hay política este verano.

Pero lo que sí puede asegurarse es que al país, al verdadero país, al que trabaja, sufre, paga y calla, no le importa todo esto absolutamente nada.

Ahora que nuestros hombres públicos se van á provincias, que se acerquen al labrador que abrasado por el Sol de Agosto suda en las eras; que entren en las fábricas, que vayan á los muelles y hablen allí de estas cosas que entretienen en el salon de conferencias del Congreso de Madrid, y verán cómo les entienden ménos que si les hablasen en griego.

Entre el país productor y contribuyente y los políticos de profesión, media un abismo; los primeros, son la hacendosa y trabajadora hormiga de la fábula, y los otros la cigarra, que no sólo el verano, el año entero se pasan en inútiles canciones.

En vez de esos escarceos de la política, ¡cuánto mejor sería ocuparse de la situación de los pueblos!

Pena profunda causa penetrar en el interior de nuestras provincias y entrar en las pobla-

ciones rurales. La miseria tiene allí su asiento; en calles, que son muladares, se alzan pobres casas de tierra, donde viven confundidas las personas con los irracionales; alguna casa de mejor aspecto señala la vivienda del cacique ó del rico que fundó su fortuna en la compra de bienes nacionales. El más ruinoso y el más pobre de todos los edificios es la escuela; el más escuálido de los vecinos el maestro; de todas aquellas casas sólo parece que tiene vida aquella que con un seco ramo colgado á la puerta anuncia la venta de vino, la taberna; y en la pizarra, colocada detrás del mostrador del tabernero, están escritos con yeso los nombres de la mayor parte de los vecinos pobres que, ni aún el vino, en que buscan muchas veces el olvido de la miseria, pueden pagar al contado.

Los chiquillos, que vagan por el pueblo medió desnudos, descalzos, súcios, alborotadores, con la blasfemia que aprenden de los mayores en los lábios, parecen de una tribu salvaje.

Las pocas paredes de las casas blanqueadas son álbums donde palabras obscenas, mal escritas, pregonan la ignorancia.

Si se publicase una estadística de concejales y alcaldes que no saben leer ni escribir, y de los que, como mayor grado de cultura en estos ramos, sólo saben garabatear un nombre, nos daríamos cuenta del poco aprecio en que se tiene al maestro de escuela.

Esta situación de las poblaciones rurales no varía desde hace muchos años, y cambios de dinastías, de formas de gobierno, motines, revoluciones, restauraciones, se han sucedido, haciendo la fortuna de unos pocos, y dejando en la ignorancia y en la miseria á muchos.

Y esto no variará mientras no varíe el sistema vicioso de nuestra política en general; mientras no se atienda con seriedad á las verdaderas necesidades de los pueblos.

¿Qué les importa hoy á éstos que mande Juan ni que mande Pedro; que el Gobierno tenga un matiz más liberal ó más conservador, si siempre están lo mismo?

Juan, que ríe arriba; y Juan, que llora trabajando y pagando, abajo.»

Si yo como *El Día* decirlo supiera
lo mismo que *El Día*, lo mismo dijera.

La profunda y fundada alarma que causó la inesperada aparición del cólera morbo asiático en Tolon y poco despues en Marsella, ha disminuido

muchísimo en vista de que la terrible enfermedad no ha causado allí los estragos que se temian, ni aun se ha propagado por el Mediodía de Francia lo que era de temer.

A evitar esta propagacion han contribuido indudablemente, no tanto las medidas sanitarias que casi en todas partes se han tomado, como las condiciones naturales del mal, poco tendentes al contagio.

La gran emigracion de habitantes de las dos populosas ciudades contagiadas, por el Mediodía de Francia, ha sido causa de que algunos casos de cólera aparezcan en aquella region, donde se ha visto y se ve que casi todos los atacados son procedentes de aquellas ciudades.

Las condiciones en que es de suponer se haya verificado la mayor parte de la emigracion, bastan para explicar lo poco numerosos de los casos de ataque ocurridos fuera de Tolon y Marsella.

Mientras el mal continúa disminuyendo en intensidad aun donde encontró su foco principal de desarrollo y permanencia, y sigue casi limitada á allí su funesta accion, va pasando la estacion calurosa, que es la que más favorece su desarrollo é intensidad morbosa.

Debemos, pues, esperar que Dios ha de libramos, al ménos por ahora, de la terrible calamidad que llegamos á tener por inminente; pero conviene que continuemos ayudándonos á ello, á fin de que Dios nos ayude.

Un Teruelano.

AMOR Y MÚSICA.

Por Domitila hecho un lila
Estoy desde que la vi,
Y nunca me dan el sí
Los labios de Domitila.

Cuando le cuento mi mal

Con *desentonos* me abruma,
Y mi amor, dice que en suma
Es *música celestial*.

En vano piedad le pido
De su huella yendo en pos,
Pues su genio tiene dos
Bemoles y un *sostenido*.

Y por más que le insinúo
Que la adoro tanto y tanto,
Oye mi amoroso canto
Sin querer hacerme el *duo*.

De mi dicha en el camino
Su desden es la barrera
Y tanto *compás de espera*
Me tiene que estoy que *trino*

Mi porvenir tornan negro
De sus ojos los enojos,
Y eso que tiene unos ojos
Que están en continuo *allegro*.

Al par que de la pasión
Voy recorriendo la *escala*,
Su desden, hála que hála,
Va subiendo el *diapason*.

Y por mi sino inhumano
En lucha eterna viviendo,
Su rigor sigue en *crescendo*
Y su piedad en *piano*.

Notas que el viento combata
Son mis endechas de amor,
Y eco perdido el rumor
De mi amante *serenata*.

Mas aunque con rostro ingrato
Me tenga siempre en un *potro*,
Aunque se case con otro
Y me dé el gran *estacatto*,

La amaré en *tono mayor*
Hasta el lecho sepulcral,
Y será mi *aria* final
El cántico de su amor.

Carlos Cano.

ALGO DE LA TIERRA BAJA.



el espíritu de asociación, las publicaciones periódicas y las obras ya públicas, ya particulares de relativa importancia, son un seguro barómetro que marca el mayor ó menor engrandeci-

miento de un pueblo ó de una comarca, haciendo notoria su decadencia ó prosperidad, no podrá negarse que este país adquiere un notable desarrollo progresivo, que con lento pero seguro paso ha de llevarlo por el camino de su bienestar moral y material. Grandes son los obstáculos que para este resultado se oponen en su camino, en especial lo imperfecto de sus vías públicas, la escasez de riegos, inseguridad de las lluvias y exagerados tributos; mas apesar de tan conocidas cuanto poderosas rémoras, notorio es el movimiento regenerador que, con mas ó menos impulso, pero con arreglo á su importancia y medios de que pueden disponer, late en todas las localidades de esta comarca.

Y si examinamos detenidamente el espíritu que preside á todas estas manifestaciones de la actividad que nos rodea, no podremos menos de confesar paladinamente que en este país todavía no ha tomado carta de naturaleza el virus ponzoñoso de la incredulidad ó indiferentismo que todo lo empequeñece, todo lo agosta y mata, como ardiente vendaval del desierto. ¡Cuan bello es á un pueblo poder decir muy alto; examinad nuestro progreso, analizadlo con crítica imparcial, y facilmente os convencereis, de que todas sus manifestaciones las enjendra el espíritu religioso, pátrio ó benéfico, mas acrisolados! Hasta la pasión política, en otro tiempo tan intransigente, se há ilustrado; la tolerancia se há abierto paso franco y cordial y nadie se preocupa de las opiniones de los demás. El hombre honrado, venga de donde quiera, es estimado siempre y respetado; y si esto es una verdad sabida por todos, tambien lo es que esta tolerancia mutua, es una de las señales mas ciertas de la cultura é ilustracion de un país. Ciertamente se podrá decir que este fenómeno no es exclusivo de esta tierra, mas probará que no nos quedamos los últimos en el verdadero progreso. Si se levantaran nuestros padres de su tumba, lo primero que llamaría su atención sería el desarrollo que há tomado la prensa periódica, dados los escasos elementos con que aquí se cuenta para su desahogado sostenimiento. Alcañiz, en donde pocos años há ni siquiera había imprenta, cuenta dos periódicos, que aunque algo diferentes en los medios para conseguir el fin que se proponen, los dos son hasta hoy modelo de cultura, de compañerismo y respeto á sus correspondientes ideales. Esta sensata regla de conducta, fácil en los grandes centros de población, en donde los círculos de actividad y propaganda pueden tener esferas totalmente independientes, no lo és en las pequeñas localidades, en donde los razonamientos son mas íntimos y

por lo tanto mas ocasionados á herir susceptibilidades originadas frecuentemente por har- to livianas causas. Con fina delicadeza cada uno en su campo cumplen con fé su mision y ambos son un diario testimonio del movimiento regenerador que nos conmueve y de que aquí tambien se piensa, se estudia, se reflexiona y nos asociamos al desenvolvimiento intelectual del mundo. A estos dos periódicos serios hay que agregar dos mas satíricos, «El Enano» y «El Tambor» que jóvenes de númen y buen humor, redactan con notable gracejo y fina travesura. ¡Cuatro periódicos..... en una poblacion como Alcañiz!.... ¡que dirian nuestros abuelos! Hasta en Calaceite, villa relativamente pequeña, sita yá en la frontera de Cataluña, con carecer de imprenta, se publica un semanario tan ilustrado, tan discreto y bien escrito, como lo és, el ya conocido «Confin Aragonés». En todo el país se distinguia en otros tiempos esta villa, por sus sempiternas luchas y rivalidades, cuyo encono parecia que jamás habia de extinguirse en los partidos que dividian la localidad. Hoy estos, no existen; la reconciliacion se ha hecho, y en vez de agotar su actividad en estériles y siempre lamentables disensiones, sobreponiendose la dignidad de la inteligencia á mezquinos intereses de dudosa legitimidad, y á pasiones bastardas de partido, su juventud, dando evidente muestra de su cultura, emplea sus ocios en la propaganda de los intereses que hacen sólidamente ilustrados los pueblos.

En Castelserás y luego en Alcañiz, se estableció, y funciona ya de una manera próspera y permanente, la llamada sociedad de San Isidro labrador, de socorros mútuos, que habiendo dado en la práctica á los labradores, los más felices resultados se proyecta extender á los pueblos limítrofes. Loor á sus fundadores, que con tanta fé y perseverancia han sabido hacer frente á cuantos inconvenientes, contradicciones y críticas miserables oponen siempre la maledicencia, la ociosidad y, digámoslo con claridad, los zánganos, á toda empresa generosa. Si por ventura nuestros contemporáneos en general no quieren ó no pueden apreciar debidamente tan trascendental empresa, el modesto grano envuelto en la tierra dará (á no dudarle) fecundas espigas, y nuestros hijos recordarán con gratitud los nombres de sus fundadores.

La Codoñera, que tenia no ha muchos años su templo ruinoso, lo ha restaurado con solidez y elegancia, animado con la palabra y el ejemplo de su ilustrado párroco y hoy ya puede vanagloriarse de que tiene dignísimo santuario del Altísimo. Comprendió bien que

las localidades que carecen de este centro de aspiraciones y de creencias, ni son pueblos ni son dignos de este nombre, y no ha cesado hasta tenerlo tan bello como lo deseaban todos sus habitantes. Terminado este, se dispone á celebrar ostentosamente el centenario de la fundacion de su linda capilla de Nuestra Sra. de Loreto y proyecta la obra de un pantano, que con fundamento espera, sea un poderoso elemento de prosperidad.

Belmonte ha hermoseado su Santuario de San José.

Torrecilla de Alcañiz, ha levantado un hermoso hospital, de que carecia, por la malicia ó mala inteligencia de la famosa ley desamortizadora. Todos sus hijos, aun los que hoy viven á larga distancia de su pueblo natal, han querido con su óbolo contribuir á tan meritoria obra, no solo dando lo suficiente, sino decorándolo con mobiliario y enseres tan lujosos que no hay en el mismo ningun vecino que los gaste ordinariamente tan sólidos al par que elegantes.

Del mismo género y para el mismo obgeto es la obra que yá ha dado comienzo en Calaceite, pero más completa, puesto que se proponen la importante ampliacion de habitaciones cómodas y suficientes para algunas Hermanas de la Caridad que se encarguen de este asilo, del enfermo y de la ancianidad. Siguiendo por este camino esta villa concluirá por encargar la educacion de sus niñas al cuidado de estas hermanas de la abnegacion y de la caridad cristiana, protestando sus actuales hijos con su ilustracion, de la ceguera de sus mal aconsejados y desavenidos mayores.

Pocos años hace que la comunidad de Religiosas de Santa Clara de Valdealgortia restauró y amplió su antiquísimo y ruinoso templo y en la actualidad este pueblo completamente secano y, sin embargo, vejado como el que más de la provincia con onerosas gavelas, ha celebrado una ostentosa solemnidad religiosa que servirá como de inauguracion de las obras de restauracion de una linda capilla de Ntra. Sra. del Buen Suceso incendiada y arrasada en la primera guerra civil; sus arcos del átrio, gallardos se levantan ya de sus ruinas para dar fé á los pocos incrédulos que tiene esta obra.

Alcañiz, centro y cabeza de esta comarca, no solo no se queda rezagada, sino que á todos se adelanta. Despues de haber construido un cómodo y espacioso mercado, nivela sus calles, embellece sus fuentes, encarga de su establecimiento benéfico á las Hermanas de la Caridad, abre bajo la direccion de las mismas, escuelas gratuitas para las niñas pobres

y con toda economía para las más acomodadas, y últimamente, instituye las utilísimas escuelas de párvulos, que ya están dando los más lisonjeros resultados.

Su comunidad de Religiosas dominicas edifica un templo de nueva planta que sustituya al que hace ya muchos años tienen demolido y en tan hermoso cuadro, solo hay dos nombres, dos detalles; uno personal, otro artístico que desentonan del conjunto, haciendo más deplorable el contraste: un sacerdote ejemplar, un venerable anciano, un eminente repúblico y generoso patricio que dedicó todos sus estudios y afanes al engrandecimiento de su pueblo natal, bajó al sepulcro no hace mucho tiempo; su grata memoria no se ha premiado todavía dignamente; D. Nicolás Sancho parece olvidado. No es menos sensible la general indiferencia con que se mira hundirse entre escombros, al parecer, para ocultar su abandono, el bello y antiguo arco que fué entrada del templo de San Pedro. ¿Tan difícil ni costosa sería su traslación á otro punto conveniente; por ejemplo, para sustituir la mezquina puerta que da entrada al hospital local? Hay páginas de piedra que ennoblecen á un pueblo, mas estas, no abundan tanto que no exija el solícito cuidado de las pocas que poseemos.

Prescindiendo de este olvido, pudiéramos aducir mayor número de datos para probar que no somos aquí refractarios al progreso de la sociedad moderna, mas con gusto dejamos este campo abierto y apenas iniciado este asunto, á otra pluma, que con el lucimiento que el asunto merece lo trate y analice como su importancia requiere.

Salvador Pardo.

LA SIMA DE SAN PEDRO.

(Continuación.)

Yo? dijo entonces Anton encarándose otra vez con mi amigo y levantando enormemente la voz, creyendo sin duda que hablando fuerte sería más comprendido: ¿yo? no señor: solo hablo cuanto V. oyó; pero, á decir verdad, no lo entiendo.

Traduje lo que Anton decía al inglés, y este sonrió y se encogió de hombros.

Luego, dirigiéndome al arriero, que le contemplaba con una admiración, sencillez y bondad incomprensibles, le dije:

—De todos modos, conste que, *más ó menos*, V. habla el inglés.

—Esto sí... ¡ya lo creo! interrumpió Anton muy satisfecho.

—Bien que sin comprenderlo del todo...

—Ni una jota.

—Vaya, dije yo riendo, tengo para mí que sus maestros de V. no habian de ser en él muy fuertes.

—Está V. en un error: lo conocian y mucho, puesto que eran tan ingleses como ese caballero, su amigo.

—Entonces no aprovechó sus lecciones.

—Recibí una y fué tan breve que solo duró minutos.

Y al pronunciar estas frases, Anton lanzó un suspiro, ó mejor dicho, un resoplido que hizo oscilar la llama del quinqué, que con el tubo aun en la mano acababa de encender el mesonero.

Este desahogo del arriero hubo de picar mi curiosidad, y al objeto de darla satisfaccion y cumplimiento le dirigí tres ó cuatro preguntas, cuya contestacion fué diestramente evadida por él, que bajo el pretexto de que iba á dar recado á sus bestias y aviarlo todo para la ruta, dejó la estancia, no sin saludar antes humilde y cortesmente al inglés y volviendo á mascar en su lengua aquellas frases que él mismo no comprendía.

II.

Su salida no fué tan rápida que yo, á la luz del quinqué, no pudiera examinarle. Era un hombre alto, fornido, bien chapado; uno de esos gigantones que llenos de vigor, salud y al mismo tiempo de honradez y llaneza, se crían en los montes de Aragon y que hallan aun similares en los de Cataluña y Asturias. Vestía el traje del país: azuladas medias que le llegaban casi á la rodilla y permitian ver el contorno de una bien modelada y nervuda pierna, calzon de pana corto, chaqueta de lo mismo, faja ancha á grandes pliegues y de color morado flojamente rodeada á su talle, sin duda para que hiciese oficios de bolsillo, y por donde asomaba una petaca y el extremo de una más que regular navaja con cachas de acero, y un pañuelo con fondo color de lila y rameado con flores de subidas tintas hacia las veces de montera.

Pero lo que hubo de llamar mi atencion fué su cabeza. Contrastando con la lucidez y viveza de sus ojos, la energía de sus facciones, la frescura de un color estremadamente sano y con esa nitidez de cútis propia de los que no alcanzan muchos años, su cabellera, de sí abundosa, encrespada y revuelta, aparecia blanca cual la nieve. El chispeante fuego que el exceso de robustez y de vida hacia irradiar de su semblante, la nevosa cabellera en que

se hallaba encuadrado traía á la memoria una áscua de gran tamaño cubierta de cenizas.

Estos detalles los apuntó asimismo el inglés que, al hablar del guía y su proceder exótico y ligero, afirmó que nunca en sus viajes había dado con un tipo en que los signos más característicos de la mocedad y la vejez, de la muerte y la vida, del calor y del hielo, estuviesen como en el arriero en tan singular y extraño maridaje.

Llegó la cena, pusimos á buen recado los pollos, con no sobrada traza adobados, y al llegar á los postres y viendo que el posadero traía, ufano, cierto chacolí que al resplandor del quinqué despedía los más purpúreos y tentadores destellos, dije:

—O mucho me engaño, ó el nectar que usted trae es de lo mejor que se coje en esas viñas.

—¡Y que no sabe á la pez!, replicó el mesonero, halagado en su vanidad por el elogio; y digo esto, añadió, porque jamás estuvo en pellejo sino en cantimplora que coje por lo menos diez azumbres.

—Cierto, dije yo, luego de probarlo, que á no ser V. tan buen cristiano podía V. traerle en andas y bajo palio.

Mi opinion y la del mesonero fué ratificada por el inglés, que despues de vaciar el primer vaso llenó otro, pronunciando las frases de *very god*, que yo, á instancia suya, traduje á aquel por las de muy bueno.

Y luego continué:

—A fé mia que el chacolí de V. no me sabría á Jerez sino hiciera V. merced de acompañarnos. Siéntese el buen Mariano, que este señor y yo—é indiqué mi compañero—somos llanos y abiertos cual gente de esta tierra y no cogeríamos el sueño si no echase V. un traguillo.

No se hizo de rogar Mariano, y á la sazón en que acercaba á la mesa un taburete, yo llené su vaso y metí en él unas roscas ó bizcochos de tan largo tiempo amasados, que su bondad era tan solo para ser pregonado por un dentista sin clientela.

Y en verdad que estas pruebas de cortesía no dejaban de ser interesadas. El hombre que al día siguiente había de ser nuestro guía traía tan confuso mi ánimo, que todo él se empleaba en discurrir medios para adquirir datos que aclarasen el enigma en que me parecía envuelto. Aquellas singulares frases pronunciadas por él en mal inglés, y su cabeza cana, no guardaban ciertamente la más perfecta armonía con su aspecto franco, bonachón y sosegado.

Así, para que la conversación rodase sobre él, dije, cari-acontecido, á Mariano:

—Lástima que en nuestro viaje de mañana, y si la fatiga ó una insolacion nos coje de medio á medio en la ruta, careceremos de este elixir, de este maravilloso cordial, que tengo para mí lo ha fabricado el mismo Baco.

—Que el vino, repuso el mesonero con gravedad, es como V. dice un cordial ó un *elixis*, no hay que ponerlo en duda; pero sobre quien lo ha fabricado puedo asegurar á V. que he sido yo y no el cosechero que V. cuenta, cuyo nombre no llegó hasta ahora á mi noticia. Y si tan bueno le parece á V. ¿hay mas sino llenar con él una bota y darla á Anton que podrá llevarla? Bien es cierto que cuando emprende un viaje se arma siempre de otra donde vá un tintillo capaz de volver el sentido á un desmayado; pero el llevar dos botas en una alforja no es lo mismo que traer en ella un liberal y un carlista, y jamás ví de dos vinos, aunque sea moro el uno y cristiano el otro, que hayan trabado riñas ó peleas.

—Cierto, dije yo, que la observacion es aguda y no puede estar mas en su puesto; mas añadí con fingida indiferencia, ¿á que cargar tanto peso en hombros de un pobre viejo?

—¿Que viejo?, preguntó el mesonero sorprendido.

—¡Toma! Anton,

—¿Anton el Cano?

—Si:

El mesonero que con su pulgar y su índice había pescado el último bizcocho en el vaso y que lo llevaba á sus labios para darle honrada y cristiana sepultura, lo dejó al aire en suspenso—lo cual no fué para mí poca suerte—y lanzó una carcajada, interrumpiendo.

—¿Anton el Cano es viejo? ¿Anton el Cano es viejo? ¡Já! ¡já! ¡já!

Y volvió á reir llevando la mano á sus ijares.

—¡Pues qué! dije yo formal, ¿acaso no peina canas? ó yo no ví bien, ó me parece que no lleva un pelo negro en su cabeza.

—En lo de peinar canas, observó el mesonero, está V. en un error, porque dudo mucho que Anton haya cojido en su vida un peine; mas en si tiene ó no el cabello blanco, está V. en lo cierto, pues no se le hallaría uno negro aunque se diese por él un ojo de la cara.

—Pues esto es lo que digo.

—¡Vaya! ¿cuantos años le echó V.?

—No bajarán de cincuenta.

Volvió á reir el mesonero, el cual dijo:

—Tiene V. muy mal ojo: Anton, así como lo ve V. solo cuenta veintiocho.

—¿Es posible? ¿Nació con los cabellos blancos?

—Hace seis años los tenía negros como las plumas de un cuervo.

—Yá... ¿encaneció durante este tiempo?

—No, señor, de repente.

—Oh! oh!, dije yo: el hecho está en lo posible, pero es muy raro.... Quizá una enfermedad.... una desgracia.... un largo sufrimiento....

—Este es secreto que no descubre á nadie. Lo que es enfermedad ó sufrimiento largo no dió motivo á sus canas, porque un dia salió del pueblo con los cabellos negros y al otro los trajo tan blancos, que no le conoció su madre.

—¡Extraño caso!.... ¿Y su familia.... algún amigo.... no han intentado arrancarle su secreto?

—Con frecuencia, pero inutilmente. no bien se le habla de sus canas, desvia la plática, ó bien vuelve bruscamente la espalda. Mas, sea dicho en confianza, me parece que yo he llegado á columbrar algo del misterio.

—¡Hola!

—Si, señor.

—Cierto, que es V. lince:

Mariano bajó la voz, y guiñándome el ojo é indicando al inglés que contemplaba distraído las espirales de humo que arrojaba su puro de la Vuelta de Abajo, dijo:

—Está V. seguro de que el *ingles* no puede comprendernos?

—Dígale V. cuanto quiera, que no demandará á V. de injur a.

Y para que siguiera en el terreno de la confianza, llené el vaso que habia quedado limpio en el primer escamoteo y luego continué:

—¿Andan en el misterio cómplices.... ladrones.... víctimas?....

Lo que es víctimas, no creo que haya otra que el mismo Anton; y en cuanto á ladrones, aunque de genio, es incapaz de hacer mal á nadie, y tan honrado que se le puede fiar oro molido.

—Ya.....

—Mas puedo asegurar á V. que en su negocio anda enredada una planta.

—¡Una planta! repetí yo pasmado.

—Sí, señor, una planta, insistió con gravedad el mesonero.

—Comprendo, dije yo, será venenosa....

—Nada de esto.

—Pues entonces....

Aquí Mariano volvió á mirar al inglés con desconfianza.

—Quede V. tranquilo, añadí; no comprende pizca. En fin... ¿qué planta es esa.?

—¡Una higuera!

Y Mariano pronunció estas frases con voz casi imperceptible.

Dí una carcajada que sacó de sus meditaciones al inglés é hizo detener el vaso en los labios de Mariano, que iba á consumir por segunda vez el sacrificio.

—Ria V. cuanto quiera; lo dicho, dicho, añadió formalmente.

Y luego de echarse á pechos el contenido del vaso, continuó:

—Hallábame, hace ya tiempo, en un huertecillo que poseo á orillas del Martín: yo me entretenía en cortar una higuera que no daba ya fruto, por lo vieja, cuando, de pronto, oí sonar las campanillas de Anton, ó mejor dicho de sus bestias, que iban con él camino de Oliete. Al verme detuvo aquel su recua, y llegándose á mi y viendo que la higuera iba crujiendo é inclinándose á los golpes de mi hacha, que habían ocasionado en ella una ancha y descomunal herida, empezó á regañarme diciendo que yo era un desalmado, un bruto, un salvaje por que trataba de aquel modo aquella planta. Díjele que pues nada habia de sacar de ella, puesto que era ya estéril, solo podía arder en el hogar; á lo que replicó que así éramos los hombres, que en sacando partido de un animal ó de una planta, los olvidábamos, si es que, como yo, no hacíamos algo peor, como era matarlos. Después, trocando en mansedumbre su rudeza y vertiendo lágrimas, instó para que yo dejase la higuera, y añadió, sacando tres pesetas de un bolsón de cuero:—Toma, aquí tienes para comprar un haz de leña mayor que la que dará la pobre planta. Déjala, que aun tal vez eche renuevos. Yo no acepté su oferta; mas dije que no la cortarí. Y ciertamente que no se equivocó mi amigo: brotaron los renuevos, y siempre que cruza por allí entra en mi huerto, sin duda para ver si crecen mucho.

—¡Que manía!

A veces se mete en los campos y al ver un labrador que está plantando un árbol cualquiera, le dice: esto no irá bien aqui; mejor se daría una higuera. Y nada importa que el campo sea bueno tan solo para ciertos y determinados árboles, pues así plantaría él sus higueras en un huerto, á orillas del Martín, como en un carrascal ó en la cima de un collado.

Por pueril que fuese este relato, debo confesar que me puso algo mohino. ¿Qué relacion podia tener una higuera con la cabeza cana del arriero? ¿Porqué al hablar de sus cabellos, evadía siempre la plática? ¿A qué venia su entusiasta admiracion por mi compañero de viage, al cual no comprendia ni habia jamás visto? ¿Veneraba en él su raza? ¿Porqué habia pronunciado en extrajero idioma, y sin entenderlas, aquellas frases:

—Oh! ¡Dios mio! ¡Qué desgracia!

¡Un inglés! ¡una higuera! ¡una cabeza cana! ¿Qué solucion podia dar yo á un problema de tan raros y disparatados términos?...

III.

—Ciértamente, dije yo á Mariano, que lo que ha contado V. me maravilla, y á no ser por lo que V. afirma, de que se puede fiar en la honradez de Anton, yo suplicaría á V. que me diese un guia de más claro y vulgar entendimiento.

—No hay que temer nada, observó el mesonero: sus locuras, si lo son, no pueden ser más pacíficas.

¿No vió V. cómo habló y miró al inglés? ¡Qué bondad! ¡qué plácida satisfacción! ¡qué melancólica dulzura no habia en su voz y su mirada!

—¿Y quién pudo enseñarle á pronunciar aquellas frases tan enrevesadas? Porque á mi se me figura que en este lugar no se encontrará quien sepa hablar ingles en cada esquina.

—Este es igualmente su secreto.

—¿Y las pronuncia amenudo?

—Nunca, si no es ante ingleses.

—¿Es decir, que vienen aqui extrangeros?

—¡Ya lo creo! porque ha de saber V. que así como V. nos ve en este pueblo y otros de la comarca, por pobres que parezcamos, somos extraordinariamente ricos. Por lo menos así lo afirman cuantos ven las minas de carbon de Alcaine, Utrillas, Gargallo y Val de Ariño (1) que son visitadas y examinadas por

(1) Pocas son las provincias de España que, como la de Teruel, ofrezcan un campo tan grande á las especulaciones industriales. La riqueza de su subsuelo es verdaderamente asombrosa. Se han reconocido ya trece capas de carbon fósil que, según una memoria del Sr. Martínez Alcibar, ingeniero jefe que fué de aquel distrito, cuentan con una existencia de *dos mil setecientos sesenta y ocho millones* de toneladas inglesas de aquel precioso combustible, cantidad que parece fabulosa y que es superior á la que se puede sacar de todas las demás cuencas hulleras de España reunidas. Pero no es esto solo: junto al carbon hay inagotables yacimientos de mineral de hierro, de plomo, de manganeso, depósitos de arenas para la fabricacion del cristal y de porcelana y tierras para ladrillos refractarios, con los cuales se podrian levantar grandes establecimientos metalúrgicos y otros centros manufactureros de importancia. Desgraciadamente tanta riqueza yace allí, como quien dice, ignorada y los estudios geológicos de Schulz, Alcibar, Penuelas, Uruburu, Vilanova, Oriol, Tormos, Vicens, Richard, Brousses, Fialkoski y otros distinguidos ingenieros, solo han servido para alentar alguna que otra compañía, alguno que otro empresario que, llenos de fé y de celo, han empleado á sus capitales, en la esperanza de que se construirán los varios ferrocarriles que existen en proyecto y sin los cuales no puede haber medios para beneficiar tantos tesoros. No solo dichas vias no se establecen, sino que la única que existía en construccion desde muchos años, perteneciente á la compañía de los ferrocarriles carboníferos de Aragon

gente, no solo de España, sino de otros países, la cual viene siempre con gran boato de mozos, caballerías y criados, y unos instrumentos extraños... así... como niveles, relojes y anteojos, con los que miden, rebuscan y husmean las entrañas de la tierra. En cuanto llega un extranjero, el Cano le toma por ingles, y ya sea belga, frances ó aleman, se descubre y en seguida pronuncia sus raras y portentosas frases, como si fuesen clave de algun profundo y sorprendente enigma. Si el extranjero no es ingles, le mira y no responde. Si da el azar que lo sea, pregúntale si conoce su idioma, y Anton vuelve á sus endiabladas frases de *hea vens wat ó wato*, y como trueca en *g* la *w*, tengo para mi que dice *gato* y que se refiere á uño, y muy gordo, que ha de haber encerrado en el misterio.

Fué tal la inocente sencillez con que Mariano hubo de pronunciar estas palabras, que no pudiendo contenerme, dí libre paso á la

no lleva trazas de ser continuada. Es opinion general que el ferrocarril directo de Madrid á Barcelona, que tiene ya en construccion el activo é inteligente empresario D. Francisco Gumá, pasará por estas cuencas, y si realmente es así, la provincia de Teruel podrá estar de enhorabuena. En cualquiera otro país que no fuera España, haria ya muchos años que las comarcas de Utrillas, Alcaine y Gargallo tendrian esos grandes y famosos establecimientos que son honra y orgullo de Saint Etienne, Mons y del Yorkshire; mas, hoy por hoy, debemos resignarnos á que de aquellas inagotables masas de carbon se consuman algunas arrobas anuales por los caleros y alumbrosos del país, que fabrican sus sustancias por primitivo y rudimental sistema, y que miles de obreros esperen su redencion tantas veces anunciada por los empresarios y la gaceta del periódico. De ahí que el desaliento, la pobreza, la miseria y, fuerza es decirlo, la ignorancia, reinen en varios de aquellos pueblos, que dan siempre un buen contingente de hombres á nuestras civiles discordias. Hasta hoy han privado allí los Dorregaray y los Cabrera. ¿Cuándo llegará un día en que privará un John Cockerill, que fundó en Seranig hornos y talleres donde trabajan diez ó doce mil operarios? ¿Cuándo brotará allí un Bessemer, que con sus reformas en la fabricacion del acero ha hecho una revolucion en la industria siderúrgica? ¿Cuándo saludaremos allí un Schneider, que al organizar sus explotaciones y fundiciones del Cruz hizo posible que Francia rivalizara en la produccion del hierro y la construccion de máquinas con Bélgica, Alemania é Inglaterra? Hora es ya de que al mortífero estruendo del cañon, que tantas veces ha hecho retemblar aquellas cumbres, suceda el civilizador del martinete, y que al salvaje grito de los combatientes suceda el alegre canto del obrero. Hay algo mas noble y humanitario que el fundir balas para destrozar el pecho del hermano: el fundir rails y construir locomotoras que desarmaran para siempre el brazo de esos Canes que por espacio de tantos años y entre los horrores de la muerte y del incendio, han deprimido y rebajado tanto el honor, la gloria y el orgullo de nuestra infeliz y desgraciada patria!

(N. del A.)

risa que con gran esfuerzo habia hasta entonces reprimido, y abandoné la mesa á tiempo que el inglés la dejaba tambien para acostarse.

Al verme solo con él, resumí en breves frases lo que habia contado el mesonero, y dijo:

—Vuestro relato prueba una de dos cosas: ó el arriero es un tuno ó un loco.

Y con británica flema, y por si acaso, examinó el cebo del revolver.

Pero se engañaba: Anton no estaba loco ni era un tuno.

J. Comas Galibern

(Se continuará.)

CHÚPATE ESA.

Señorita: yo no sé en qué debe consistir, mas lo que puedo decir es que no me mira usted sin que se ponga á reir.

Tal proceder me encocora y me enfurece y me irrita, pues sepa usted, señorita, que no es cosa que enamora su continuada risita.

No sé qué pueda causar esa risa tan extraña, y aun buscándolo con maña, no me he podido explicar el motivo de tal saña.

Saña si, pues no comprendo ni es muy facil en verdad, que con tal tenacidad me encuentre yo siempre siendo causa de su hilaridad.

Y vamos, si al ménos yo me pareciera á Tarquino... mas no creo que mi sino á ser tan fatal llegó, que tenga cara de chino.

No soy en verdad hermoso que digamos, ya lo sé; pero bien claro se vé

que no soy tan horroroso para que se ria usted.

Tengo un cuerpo regular ni alto ó bajo con exceso, y bien puedo asegurar que nunca llegué á pecar ni de flaco ni de grueso.

En fin, va usted á obligarme á decir lo que jamás digera, á no incomodarme, y es que suelo pasearme por donde van los demás.

En cambio usted, poca cosa vale, aunque usted no lo crea y se tenga por hermosa, pues siendo siempre horrorosa cuando se rie es más fea.

Y esto lo puedo decir sin rodeos aparentes, que cuando llega á reir su boca puede servir de trabilla á los pendientes.

Por lo demás, ni en su talle hay esbeltez ni apostura, ni hay en su cuerpo un detalle que pueda verse en la calle chocando por su hermosura.

Nada tiene de bonita, y aqui para terminar la diré que su risita no es risa de señorita, sino de mujer vulgar.

Cese, pues, risa tan sosa, que la risa siempre carga cuando no es dulce y graciosa, y la de usted, es una cosa que con solo verla, amarga.

Con que ya ve que no cuela esa risa por aquí; mas si por reir se pela ríase usted de su abuela y no se ria de mi.

Gerardo Gutierrez.

EL MONASTERIO DE PIEDRA.

(Conclusion.)

LAMA desde luego la atención del que visita todos los pintorescos accidentes de terreno que quedan enumerados, la discreta y oportuna distribución de fuentes, plataformas y escaleras abiertas en la roca que permiten admirar desde múltiples y variados puntos de vista cada uno de los bellísimos paisajes que el valle de Piedra ostenta. A la vez que un puente rústico, tendido sobre los vapores de una cascada, permite observar al pié de ésta su volúmen de agua y los juegos de luz que al herir sus cristales, espumas y átomos levísimos forma el sol, una escalera que se eleva en zig-zag, pegada á la roca y llega hasta la cumbre, deja que el viajero vea de cerca, de lejos y desde la parte superior, pasar ante su vista, deslizarse verticalmente y hundirse en el abismo, aquellas inmensas moles de agua.

De esta acertada distribución es modelo acabado la cascada *Cola de caballo*. Una plataforma fija á un costado, deja medir en toda su extensión y admirar en toda su grandeza, aquel enorme salto de agua: dos rocas altísimas y perpendiculares que parecen separadas por una de esas grandes convulsiones de la tierra en la época primitiva ó por el hercúleo sacudimiento del rayo, dejan entre sí el espacio justo para que la cascada se deslice, cubriendo, como con una brillante cortina de cristal, celajes y vapores una gran concavidad, que es la titulada gruta de la cola del caballo. A ella dá acceso, tallada en la misma peña, una larga escalera que, despues de cruzar diversos compartimientos y sinuosidades, forma una especie de balconcillo desde el que se domina el interior de toda la gruta.

Son entonces verdaderamente indescriptibles al espectáculo y el deslumbramiento del viajero, que desde aquella plataforma en que azota la lluvia y que los vapores de la cascada envuelven, domina el interior de una gruta de que apenas podrá formarse idea el que en las *Mil y una noches* haya leído las descripciones de alguna fantástica y espléndida mansion subterránea de los génius orientales.

A la derecha la abertura natural de aquella gigantesca cavidad, cerrada por la líquida muralla que forma la cascada; en frente y á la izquierda, el fondo sombrío y oscuro de la gruta esmaltado á intervalos por concreciones calizas de vivísimos colores, arriba bóvedas altísimas y magestuosas, y debajo, sirviendo como de pavimento, un cristalino y

extenso lago. Esto en conjunto: respecto á los detalles ¿quién será capaz de describirlos fielmente? Si para reproducir los paisajes exteriores del valle, sería preciso el pincel con que Murillo idealizaba el radiante sol de Andalucía para hacerle digno de sus concepciones, ó con que el Pousino copiaba el límpido cielo de Italia y su sereno ambiente, para dar idea de la indecisa luz que, filtrada á través del líquido muro, iluminaba la gruta, fuera insuficiente la mágica paleta de Rembrand, que es el que mejor ha sorprendido el secreto de los fondos sombríos y misteriosos; ni nadie podrá imaginar siquiera el efecto de esta luz vaga é indecisa, que no es la del día ni la de la noche, pero que tiene todos los esplendores del primero y todas las sombras de la segunda, al rielar trémula sobre la superficie de aquel lago, y al deslizarse sobre la lustrosa capa caliza de las rocas; cuando hace destacarse fuertemente el verde esmeralda y el oscuro azul que tapiza algunas rocas, ó cuando se pierde en la altísima bóveda, cuyos irregulares contornos, ora parece que descienden sobre el espectador en forma de puntiagudas y prismáticas agujas, ora semejan á lo léjos quimeras espantables y mónstruos apocalípticos. Las estalactitas descienden por todas partes formando algo parecido á las irregulares ojivas de una catedral derruida; las estalacmitas se elevan remedando á las columnas basálticas que describen los poemas de Ossian; la lenta evaporación de agua que saturada de cal desciende gota á gota, filtrándose quizás del cauce del Piedra, que corre por encima de aquella solidísima bóveda, explica la formación de tantas maravillas y hace concebir cómo la incesante labor del agua, aportando siempre nuevos átomos á un núcleo, puede dar origen en el Océano á las islas madreporicas que, sobre basamentos de encendido coral y de algas y ovas entretregidas, llegarán á ser, con el transcurso de miles de años, dilatadísimos continentes que cambien y modifiquen la estructura de nuestro planeta.....

Suspendemos este incompleto y descoloridísimo boceto, porque nada de cuanto pudiera decirse daría idea exacta de la realidad, y porque con él hemos querido cumplir con la obligación de excitar el interés—en la corta medida que estaba á nuestro alcance,—de los que estén en condiciones de poder visitar las innumerables bellezas y maravillas naturales del valle de Piedra, más conocido y admirado por los extranjeros y naturales de otras regiones de España que por los aragoneses. Este injustificado desden, que debe cesar y cesará, porque habla muy poco en favor de nuestro

amor patrio, lo demuestra plenamente el magnífico album que el señor Muntadas,—con la amabilidad que respecto á todos los viajeros le es característica,—tuvo la deferencia de enseñarnos. En él campean las firmas de ilustres viajeros, que demuestran con entusiastas frases que su paso por los más remotos países del globo no ha conseguido agotar su admiración; príncipes y altos dignatarios, viajeros ingleses y hasta rusos se han apresurado también á consignar los sentimientos que les inspira aquella recóndita joya de la naturaleza, en este volúmen que avaloran con sus pensamientos é inspiraciones nuestras eminencias literarias y políticas.

Gonzalez Bravo consigna, en elegantes frases latinas, su asombro, y hace agradecida mencion de la cariñosa acogida que tuvo en el monasterio; Castelar escribe cuatro páginas en las que agota las galas y recursos de su oriental fantasía; Pedro Antonio de Alarcon resume las impresiones que la contemplacion de la maravillosa cueva le produjo con esta frase «*Gutta creat lapidem.*» y junto á las firmas de Olózaga, Valera, Sagasta y otros literatos y políticos no menos distinguidos, se encuentran las grandilocuentes estrofas de Nuñez de Arce, ya populares:

Venga el ateo y fije sus miradas
en las raudas cascadas
que caen con el estrépito del trueno
en ese bosque que oscurece el día,
de rústica armonía
y de perfumes y de sombras lleno;
en la gruta titánica que arredra
con sus mónstruos de piedra,
su oculto lago y despeñado rio;
que ante tantas grãndezas el ateo
dirá asombrado—¡Creo,
creo en tu excelsa majestad, Dios mio!

Tambien leimos (y nos complacemos en dedicar así un recuerdo al que fué primero nuestro solícito maestro y mas tarde afectuoso amigo) la siguiente octava real fechada en 23 de Junio de 1878 al pié del Iris, por el malogrado literato aragonés D. Jerónimo Borao:

Aquí todo reposa, alienta y crece,
árbol, hierba, torrente, roca y hiedra;
á los rayos del sol casi enloquece,
al sombrear de la noche casi arredra.
¿Qué es esto que enbelesa y enloquece
y á pura admiracion convierte en piedra?
¿Qué es esto que á la mente desafía?
¿Es un oasis?—Es.... la poesia.

Servirían las citadas composiciones como de llave de oro para cerrar estas modestas impresiones, si no nos restára testificar al Sr. Muntadas el agradecimiento á que por su

galante deferencia quedamos obligados y recomendar á nuestros lectores que, aprovechando lo fácil y cómodo que es el viaje desde esta capital, no dejen de visitar la residencia de Piedra.

(Zaragoza.)

Baldomero Mediano y Ruiz.

CALOR EN CONSERVA.



o me explico el por qué los sabios son tan egoístas: atesoran conocimientos, descubren á la naturaleza sus secretos, descifran muchos de los geroglíficos que Dios esparció por el Universo, y se los guardan. Y digo que se los guardan, porque, al quererlos comunicar á sus semejantes, lo hacen en tales formas, que pocos son los que están en disposición de entenderlos. La ciencia se ha hecho patrimonio exclusivo de los ménos, con gran perjuicio de los más. Así, los desheredados de inteligencia tenemos que tragarnos todas las *bolas* que á los sabios se les antoja inventar, viniendo á ser sus esclavos, y constituyendo una verdadera manada de borregos que aquéllos explotan á su placer. Lo bueno del caso es, que se les oye siempre predicar, diciendo que la ciencia debe vulgarizarse á toda costa, y que son necesarios libros claros, concisos, al alcance de casi todo el mundo, concluyendo por ofrecer ellos uno al público, que no lo entiende nadie, ni el mismo autor muchas de las veces.

No hay reglas sin excepcion, y á las excepciones me atengo y de ellas voy á servirme para *trasmitir* á mis lectores algunos *pedazos* de ciencia que sean útiles á todos, y cuesten poco dinero, y poco trabajo. Eupiezo, pues, fijándome hoy en el *calor*.

Durante el verano se oye á cualquiera decir: *qué calor tan insufrible*; otro dice: *yo me ahogo*, y los más añaden: *hombre, ¿ha visto Vd. que calor hace?* Pero pasa el estío, y durante el invierno nadie habla de aquel calor. En los meses de Enero, Febrero y Marzo, lo que se oye á menudo es decir: *con qué calor defiendo Vd. esa muzer*; *qué caliente de cascós es Vd.*; ó bien, hablando de oradores, se dice: *En el calor de la improvisacion hizo una frase admirable*; *con el calor de la defensa se descompuso*; y en fin, muchas veces habreis oido: *Hombre, no se acalore Vd.* Però de aquel calor que nos achicharraba en Agosto nadie se acuerda, á no ser el que no tiene capa y se lamenta de lo mal repartido que está el calor durante el año.

A unos y otros vamos á probarles que el

calor del verano se *almacena* y se guarda por un *usurero* que despues lo vende. Este usurero es la naturaleza.

A pocos se les oculta hoy que el Sol es el gran motor de la Tierra, á pocos se les esconde que todo lo que en este mundo tiene vida la debe á la influencia de aquel astro. Antes que se tuviera de Dios la idea que hoy poseemos, un solo culto encuentro yo razonable: el culto del Sol.

Pues bien, voy á intentar poner al alcance de todos cómo, por medio del Sol, el calor del verano se conserva almacenado, dias, años y siglos, pudiendo disponer de él á voluntad.

La atmósfera en cuyo centro habita el hombre no es, como creian nuestros abuelos, un cuerpo simple, sino que se halla formado por varios elementos, entre los que ocupan lugar preferente dos gases, el *oxígeno* y el *nitrógeno*: el primero entra por la quinta parte del total, y el segundo ocupa las cuatro quintas partes restantes. El *oxígeno* es un gas excitante, destruye y quema cuanto toca; si estuviese este gas en más proporción en la atmósfera viviríamos en un estado febril, seríamos más activos, más alegres y mucho más emprendedores; pero en cambio nuestra vida seria mucho más corta. El *nitrógeno* es, al contrario, un verdadero calmante; su presencia en la atmósfera contrasta admirablemente los efectos del oxígeno. Todos los seres, del más pequeño al más grande, absorben, al aspirar, estos dos elementos ó gases. Fijándonos en los seres humanos observaremos, que cuando esta aspiración se ha efectuado, el oxígeno y el nitrógeno, despues de recorrer cierto camino que no hace al caso, llegan á los pulmones, en donde se ponen en contacto con nuestra sangre.

El oxígeno se encuentra allí con una cosa que se llama *carbóno*, y en cuanto se hallan el uno en presencia del otro, se unen estrecha y amistosamente, formando de esta suerte un nuevo cuerpo, que llamamos *ácido carbónico* (1).

Una vez constituido dicho cuerpo, es arrojado fuera del cuerpo humano acompañado de otros, como vapor de agua, etc. Así es, que ese *aire* que lanzamos por la boca al respirar no es otra cosa que ácido carbónico, vapor de agua, etc.; es decir, una cosa muy semejante á lo que se escapa de una chimenea de cualquier hogar: humo, y nada más que humo.

Lo mismo que sucede con nosotros, pasa con todos los animales y con todos los centros de combustión que existen en la tierra, como los volcanes; por todas partes son lanzados á

la atmósfera torrentes de ácido carbónico, que llegarían á impedir hasta la vida si no existiesen otros seres encargados especialmente de hacer la operación contraria; es decir, coger el ácido carbónico que flota en el aire, descomponerlo y devolver á la atmósfera el oxígeno, reservándose el *carbóno*: estos seres son los vegetales: veamos como se efectúa este fenómeno.

Los vegetales absorben el aire por infinidad de seres que la naturaleza ha colocado en su superficie, y sabido es que poseen una respiración especial. Una vez el aire en el interior de la planta, los rayos del sol obran sobre el ácido carbónico, interponiendo su calor entre las moléculas de oxígeno y de carbóno que tan amorosamente se habian enlazado ántes; acaba por separarlas, y mientras el carbóno queda preso en la celdilla del vegetal, el oxígeno, libre ya, es lanzado á la atmósfera dispuesto á activar otra vez la vida animal.

El calor, transformado en energía potencial ó guardado, vulgarmente hablando, queda encerrado con el carbóno en el interior de la planta. Esta operación, repetida una y mil veces, hace de los vegetales verdaderos depósitos de calor, que el hombre utiliza al cabo de un año, dos, veinte, un siglo, cien.

Veamos como se extrae de un pedazo de leño todo el calor que puede desarrollar y que, segun hemos visto, tiene almacenado. Se coloca la leña de cualquier manera, se le aplica una mecha ó un papel encendido hasta que el fuego se trasmite á la madera. Hecho esto, el oxígeno busca dentro del vegetal el átomo de carbóno de quien tan bruscamente lo separó el *sol de verano*, y no bien lo encuentra huye con él bajo la forma de ácido carbónico por el cañon de la chimenea; mientras tanto el *calor*, libre y vuelto á su forma primitiva, se esparce por la habitación y eleva su temperatura.

Ahí tienes, lector, cómo realiza la naturaleza ese aprovisionamiento de calor que tanto nos molesta en verano y que tanto bien y tanto placer nos proporciona en invierno. Este mismo fenómeno, reproducido en la caldera de un vapor, mueve las máquinas, hace moverse á los buques y trasportando al hombre á remotas regiones, sirve de lazo de fraternidad á la humanidad entera.

Cosas extrañas realiza la ciencia; pero entre las mas admirables, es á no dudarlo, el permitir al hombre almacenar tan sencillamente el calor solar.

¡Quién sabe si llegará á venderse en paquetes como la sal!

(1) Hoy se distingue en química con el nombre de *anhídrido carbónico*.

MISCELÁNEA.

Gabinete clínico del Dr. Beato. Consulta diaria, de 11 á 2, calle de los Amantes núm. 10, entresuelo. Gratis á los pobres.

De porqué rabió el Rey que rabió.—En el comercio de Mediano, 2 rs.

Diccionario popular de la Lengua castellana, por D. Felipe Pícaste.—Forma parte de la Biblioteca Enciclopédica popular.—Cuatro tomos encuadernados en tela en un volumen=5 pesetas.—Doctor Fourquet.—7—Madrid.

Escenas contemporáneas.—Pavía.—4—Madrid.

Libro Nuevo.—*Borriones ejemplares por D. Manuel Polo y Peyrolón*. Con licencia del Ordinario se acaba de publicar esta miscelánea de artículos amenos, moralizadores, y variados, forma de un volumen de 400 páginas en 8.^o francés, elegantemente impreso, con viñetas y tipos elzevierianos y cubierta y antecubierta á dos tintas, sobre papel satinado. Al precio de diez reales se vende en las librerías de Tejado, Arenal, 20; Agudo, Pontejos, 8; y Olamendi, Paz 6.

Sacramento y concubinato.—Novela original de costumbres contemporáneas contra el llamado matrimonio civil, por D. Manuel Polo y Peyrolón, individuo de las academias española de la Historia, romana de Santo Tomás de Aquino, y francesa de Mont-Real, con un prólogo del insigne y popular escritor vascongado D. Antonio de Trueba. Un tomo que consta de más de 300 páginas, lujosamente impreso, que acaba de publicarse y se vende á 10 reales en la librería de Martí, calle de Zaragoza, 15, Valencia. El autor, (En-bou, 72.^o) lo remitirá también á correo vuelto á todo el que lo pida, acompañando su importe en libranzas ó sellos de 15 céntimos.

El Día.—El más barato de los periódicos.—Suscripciones. Madrid un mes 1 peseta.—Provincias, 3 meses 3 id-m.—Hoja literaria semanal, gratis.—Dos veces al mes, artículos de D. Emilio Castelar.

La casa tipográfico editorial de D. Gregorio Estrada, calle del Dr. Fourquet—7—Madrid, sostiene las siguientes publicaciones:

1.^o La «Biblioteca Enciclopédica Popular Ilustrada» de la que lleva publicados 75 tomos, y 10 que tiene en prensa de Manuales originales de Artes, Oficios é Industrias; de Agricultura, Cultivo y Ganadería, y Científicos de aplicación á todos estos ramos, por el ínfimo precio de una peseta en rustica por suscripción; precio desconocido en España hasta hoy en esta clase de obras.

2.^o La «Revista Popular de Conocimientos Útiles» única de su género en España, cuyo título indica ya su utilidad é importancia.

3.^o El «Correo de la Moda» periódico consagrado á las Señoras, que cuenta treinta y cuatro años de existencia, único que da «patrones cortados» y el más barato y útil para la familia,

4.^o El «Correo de la Moda» periódico para los Sastres, que cuenta también treinta y cuatro años de vida, y único en España que da figurines iluminados, patrones cortados y plantillas hechas al décimo del tamaño natural, para que éstos no duden cómo han de cortar las prendas.

Apuntes críticos y biográficos acerca de los hombres célebres de la provincia de Teruel, por D. Mariano Sánchez-Muñoz Chlusowicz.

Pocos ejemplares quedan ya de esta obra, publicada por la REVISTA DEL TURIA. Véase á dos pesetas en el Comercio de Mediano, calle de San Juan núm. 1.

Se remite por el correo, añadiendo á su importe 10 céntimos de peseta.

Gran suscripción musical, la más ventajosa de cuantas se publican; pues reparte además de la música de zarzuela que se dá por entregas y sin desembolsar un céntimo más, otras obras de regalo, Á ELECCION DE LOS SUSCRITORES, cuyo valor sea igual al que hayan abonado para la suscripción.

Almacén de música de D. Pablo Martín—Corro 4—Madrid.—Corresponsal en Teruel, Adolfo Cebreiro—San Esteban—5.

La Guirnalda es sin disputa el periódico de modas más conveniente á las familias y más económico.

La Correspondencia Musical es el periódico de su clase que ha obtenido mayor éxito en España. Se publica todos los miércoles, en ocho grandes páginas á las que acompaña una ó dos piezas de música de reconocida importancia.

Persianas.—Solidéz. Elegancia. Baratura.—Estando en la estación más apropiada para la adquisición de las mismas, Nazario Ibañez, representante en esta Capital de la gran fábrica Valenciana, sin competencia, lo anuncia al público, advirtiéndole que dadas las condiciones del tejido y madera que las constituyen resultan de muchísima más duración y bastante más económicas que los toldos ó esteras. Precio en Teruel, á 10 céntimos de peseta el palmo cuadrado.

Los Niños.—Revista quincenal de educación y recreo bajo la Dirección de D. Carlos Frontaura.—Barcelona.—Un año 10 pesetas.—Un semestre 5.—Un trimestre 3.

«La Ilustración».—Revista semanal de la literatura, artes y ciencias.—Magníficos grabados.—Director-propietario, D. Luis Tasso y Serra.—Barcelona.»

Elizir de anís.—10 rs. con casco, 8 sin él.—Farmacia de Adam.—S. Juan 71.—Teruel.

Teruel:—Imp. de la Beneficencia.